

XIII. MANUMISIÓN

—¿Por qué los dioses me han castigado de esta manera? ¿Qué es lo que he hecho que les han disgustado? ¿Acaso es un castigo por lo ocurrido en el Asclepeion? —Lucius no dejaba de torturarse.

Pasó los días siguientes solo en su casa atormentándose y pensando en lo ocurrido. Una noche decidió ir a emborracharse al *thermopolium*.

—Mirad quién entra! —gritó Marcus Quinctius mientras bebía directamente de una botella de vino acompañado por dos mujeres del local.

—Ven y siéntate conmigo. Siento mucho tu pérdida.

—Gracias Marcus, la verdad es que contigo quería hablar —contestó Lucius.

—Traed otra botella para mi amigo Lucius!

—Quisiera que me explicaras cosas de las tierras de Hispania.

—¿De Hispania? ¿Es que te quieres ir siendo un esclavo?

—preguntó extrañado Marcus mientras despedía a las dos hembras para tener más intimidad en la conversación.

—Te rogaría que esta conversación no saliera de aquí, pero estoy planteándome comprar mi libertad después de lo ocurrido.

—¿Y piensas que tu amo te la concederá? —volvió a preguntar con cierto escepticismo.

—No lo sé, pero si no se lo preguntó nunca sabré la respuesta.

—Muchacho, te deseo toda la suerte del mundo —dijo Marcus. Si tuvieras la fortuna de conseguir tu libertad ciertamente Hispania sería un buen lugar para comenzar una nueva vida y especialmente en Tarraco.

—¿Tarraco? —preguntó Lucius.

—Julio César le concedió el rango de colonia tras la batalla de Munda hace casi veinte años y recientemente Octaviano la ha convertido en capital de la Provincia Tarraconense por lo que en los próximos años se convertirá en una de las ciudades más importantes del mundo romano. Unos mercaderes recién llegados de Roma dicen que el mismísimo Emperador se encuentra en Hispania dispuesto a sofocar las revueltas del norte.

Lucius pensó que Hispania sería un buen destino para él, además deseaba alejarse lo más posible pues si permanecía en Pérgamo no se veía capaz de seguir trabajando en lo único que había hecho: curar a la gente que lo necesitara.

—Muchas gracias, Marcus. Me has ayudado más de lo que te imaginas.

—No tienes por qué dármelas, amigo mío. Espero que tengas suerte en lo que te propones hacer. Creo que si no

me encontrara tan bien en esta ciudad probablemente te acompañaría —dijo Marcus mientras miraba a una mujer que pasaba a su lado y le daba una palmadita en sus inmensos glúteos.

Transcurridos nueve días del sepelio de Quinta Scribonia, en la villa de Marcus Aurelius, tras ofrecer sacrificios a los dioses, se preparaban para el banquete fúnebre.

En el *atrium* se colocó una estatua de Quinta sobre una hornacina de madera para que pudiera ser recordada por siempre. Marcus se encontraba delante de ella mientras empezaban a llegar los convidados, todos ellos vestidos de blanco.

Lucius se encontraba en la villa ayudando a recibir a los invitados pero por su mente solo pasaba una idea: cómo pedirle al amo su libertad. ¿Se la concedería o por el contrario se negaría y si fuera así se enfadaría con él por habérselo propuesto?

Al final del día y una vez se hubieron marchado todos los invitados, Marcus Aurelius se retiró al *tablinum* e hizo llamar a Lucius.

—Pasa Lucius, tengo algo importante que comunicarte. Lucius se presentó extrañado delante de su amo y este empezó a hablar.

—Después de lo que nos ha sucedido estos días he decidido darte la libertad.

Lucius no podía dar crédito a lo que acababa de oír. Su amo le daba la libertad cuando él estaba a punto de pedírsela.

—Mira, Lucius —prosiguió Marcus Aurelius con tono serio pero afable. Me has servido estos años siempre fielmente y sé que si Quinta no se hubiera negado a ser tratada ahora no estaría muerta, pero mi dolor me ha hecho comprender tu dolor. Quiero que seas libre para que puedas vivir tu propia vida. Pero te doy la libertad con una condición: has de seguir haciendo lo mismo que hasta ahora. No has de rendirte. Sé que lo estás pasando mal y que dudas, pero en el templo de Esculapio se han equivocado contigo negándote la entrada.

Lucius se arrodilló y le besó las dos manos en señal de eterna gratitud.

—¡Lucius, levántate ahora mismo! Es la última orden que te daré —dijo Marcus con cierta tristeza en el rostro—. Ciertamente me cuesta desprenderme de tus servicios pero sabes que siempre te he tenido en gran aprecio y eres demasiado valioso para que te tenga solo para mí.

Lucius empezó a llorar. Nunca se le olvidarían aquellas palabras.

—Señor no le defraudaré, pero...

Durante unos instantes no sabía cómo proseguir aunque sabía que era el momento adecuado para decírselo.
—Mi intención no es quedarme en Pergamo. No podría seguir aquí.

Marcus quedó desconcertado pues aunque le ofrecía la libertad, como liberto que pasaba a ser, debería estar en cierto modo ligado a Marcus y este tendría que poder contar con sus servicios cuando lo necesitara, cosa que no ocurriría si se iba de la ciudad. Tras unos instantes pensativo, al final Marcus habló.

—Me entristece que te vayas, pero acepto lo que propones. Mañana introduciré tu nombre en el registro del censo. Mañana dejarás de ser un esclavo.

—Gracias, señor, no se arrepentirá. Le estaré eternamente agradecido y siempre que me necesite, por muy lejos que me encuentre, acudiré a su llamada.

El día siguiente no fue un día cualquiera para Lucius Cassius. Era su primer día en libertad y lo que hizo fue viajar a la costa, que se encontraba a poco más de tres millas de la ciudad, en busca de algún navío que le pudiera llevar a Hispania. Pensó que el mejor sitio para informarse sería en la taberna del puerto.

—¡Buenos días! —saludó al entrar.

—¡Buenos días! —contestó un esclavo que servía unas copas de vino en una mesa.

—¿Alguien podría decirme si en breve parte algún navío que me pueda llevar a Hispania?

—Creo que la suerte no le va a acompañar —le dijo negando con la cabeza uno de los clientes que estaban en la

mesa. Hace aproximadamente dos semanas partió uno hacia Roma y los que hay ahora en el puerto partirán a Samos, Seleucia y Cirene.

—Tendré que esperar—dijo resignado Lucius. Gracias de todas formas.

Lucius salió de la taberna para regresar a la ciudad mientras maldecía su mala suerte en su primer día como hombre libre.

Al llegar a la ciudad, la noche ya había caído y un esclavo de Marcus Aurelius fue al encuentro de Lucius.

—Lucius, el amo me ha enviado a buscarte. Quiere que vayas a la villa y le busques. Rápidamente se dirigió a su encuentro y cuando llegó lo encontró en el *atrium*.

—¿Señor, me buscaba? —preguntó.

—Lucius Cassius, acabo de hacer los trámites para oficializar tu libertad. Desde hoy dejas de ser mi esclavo por lo que, por favor, deja de tratarme como tu amo.

Lucius esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—¿Adónde tienes pensado dirigirte? —preguntó Marcus interesado.

—La verdad es que tenía pensado dirigirme a las tierras de Hispania. Me han dicho que es una tierra magnífica donde podría instalarme y empezar una nueva vida.

—¿Y cómo tienes pensado llegar?

—Hoy me dirigí al puerto para ver si partía algún navío que me pudiera llevar pero no he tenido mucha suerte.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Marcus. Podríamos hacer un último negocio juntos. Octaviano me ha encar-

gado una fortuna en pergaminos que he de trasladar a Tarraco, y según tengo entendido él mismo se encontrará allí. Quizás podríamos beneficiarnos mutuamente. Yo te llevo a Tarraco y tú te encargas de que mis pergaminos lleguen en perfectas condiciones.

Lucius no se podía creer que la suerte le hubiera vuelto a sonreír. Incluso parecía que la información que le había dado Marcus Quintcius era totalmente cierta.

—¿Qué me dices, Lucius? ¿Aceptas mi proposición?
—preguntó Marcus.

—Por supuesto que sí. Otra vez estaré en deuda con usted —dijo Lucius agradecido y dispuesto a cumplir su parte del trato.